

Domingo 13 durante el año. Ciclo A

28 de junio de 2020

Mario Yamanouchi Michiaki

Obispo de Saitama

“Cantaré eternamente las misericordias del Señor”(Salmo 88)

“El que no toma su cruz, no es digno de mí”(Mat 10.37-42)

En el evangelio de este domingo donde Jesús habla sobre la cruz que cada uno y como grupo humano debemos asumir y no renunciar, quisiera reflexionar una vez más, sobre la cruz que la humanidad estamos llevando en estos meses del año 2020: la pandemia del nuevo coronavirus (COVID-19).

A través del internet como también de los periódicos y revistas que llegan a mis manos, voy tomando conciencia de la gravedad de la situación y de la impotencia para detener y vencer el contagio de este coronavirus.

Espero que esta breve reflexión en forma de homilía, nos ayude a comprender mejor lo que está pasando y cómo debemos actuar en este tiempo, en relación con la familia y las demás personas conocidas o no.

Quiera o no, ante el peligro del rápido contagio del COVID-19 y su posible muerte, los gobiernos de todas las naciones han intentado frenar declarando que estamos en una situación de emergencia y han impuesto restricciones de diversos niveles hasta la cuarentena social que, ha obligado cerrar escuelas, centros de encuentros, negocios, lugares de distensión, etc. Ningún país ha estado suficientemente preparado para afrontar eficazmente esta pandemia. Admiramos, sobre todo, a los médicos y enfermeros que están directamente en contacto con las personas que han sido infectadas, como también a las personas que han tenido que dar digna sepultura a los fallecidos por el COVID-19.

Como católicos sigamos rezando cada día, especialmente la oración que el Episcopado japonés nos ha propuesto.

Vivir en los tiempos del coronavirus

Días atrás he recibido la revista *La Civiltà Cattolica*. Iberoamericana (N.39, abril de 2020) en donde trae un artículo del jesuita Andrea Vicini titulado: “*Vivir en los tiempos del coronavirus*”(pg. 32 -42). El autor hace referencia a cuatro libros que describen cómo es posible vivir en los tiempos de una epidemia.

Empezamos por el escritor colombiano Gabriel García Márquez quien, pocos años después de haber recibido el premio Nobel de Literatura en 1982, publicó la novela “*El*

amor en los tiempos del cólera”(1985). Un siglo antes, el médico sueco Axel Munthe, que había ido a Nápoles para atender a las víctimas de la epidemia de cólera, escribió su colección de cartas: “*Desde Nápoles. Diario de viaje*”(1885). En ambos casos, la epidemia causada por la bacteria “*Vibrio cholerae*”estaba en el trasfondo de historias profundamente humanas (imaginarias en la novela de García Márquez y reales en las cartas de Munthe). Ambos escritores nos invitan a contemplar cómo es posible vivir “en los tiempos de una epidemia” como testigos voluntarios de los sufrimientos humanos, deseosos de ayudar a los más necesitados y conscientes de los riesgos de contagio.

Aparte de estos dos libros, la literatura no ha dejado de ofrecer páginas ejemplares que nos ayudan a comprender “*qué y cómo se vive*”, así como cuánto se sufre durante las epidemias. Entre muchas obras publicadas podemos recordar, en primer lugar, “*Los novios*”, de Alessandro Manzoni (1827), sobre la peste que asoló el norte de Italia entre 1629 y 1631, y que fue uno de los últimos focos de la secular pandemia de “la peste negra”que, tuvo su clímax en el continente europeo en torno a 1350.

En segundo lugar, Albert Camus, en su libro titulado “*La peste*”(1947), nos sumerge en el drama de la peste que asoló la ciudad argelina de Orán en 1849 y nos invita a preguntarnos por la naturaleza y el destino de la frágil condición humana. En los tiempos del cólera y de la peste, tanto antes, pero sobre todo actualmente, nos preguntamos : quiénes somos los seres humanos, de cómo vivimos, qué o quiénes ha causado todo esto y, también nos preguntamos sobre el actuar de Dios, de dónde está nuestro Dios en medio de este sufrimiento de la pandemia. Mientras buscamos respuestas, lo que surge es la urgente necesidad de cuidados, con una atención privilegiada a los más pobres y vulnerables.

Urgencia de la conversión: cambiar nuestra imagen de Dios

Todos estamos en peligro. Podemos contraer la infección y transmitirla a otras personas, viviendo así el doble papel de víctimas y propagadores de la infección. No contamos todavía con una vacuna y en ausencia de terapias específicas, las medidas sanitarias para contener la propagación de la infección son las que tenemos ahora mismo en el mundo.

Debemos considerar la salud como un bien valioso, indispensable y esencial para los individuos y para toda la humanidad. En consecuencia, todo lo que proteja y preserve la salud de los ciudadanos y del medioambiente es una prioridad y exige compromisos e inversiones adecuadas y proporcionadas. Invertir en lo que promueve la salud es apuntar hacia el futuro, sea desarrollando estructuras sanitarias básicas que ofrezcan cuidados primarios, sea procurando nuevas formas de prevención, diagnóstico y terapia

para múltiples patologías.

El bien de la salud es, al mismo tiempo y de manera inseparable, un bien personal y social, local y mundial. Pero el bien común de la salud es vulnerable y exige protección y vigilancia.

En nuestra forma de ver el modo de actuar de Dios, debemos rechazar el de atribuir a Dios la responsabilidad de todo lo malo que está sucediendo en el mundo. Dios no nos envía castigos por nuestras maldades y nuestros pecados en formas de infecciones virales y de pandemias. El Dios de la Biblia que creemos es el Emmanuel, el Dios con nosotros, compasivo, que nos acompaña en todo lo que vivimos, que carga sobre sí cada uno de nuestros pecados, que está trabajando para promover, curar y liberar la creación y a las criaturas, respetando tanto la libertad humana como la de toda la naturaleza y del universo.

En los tiempos del coronavirus, la conversión tiene que ver también con las imágenes idolátricas de Dios que siguen engañándonos con falsas proyecciones de una denominada “justicia divinas”, hecha a nuestra imagen y semejanza; en lugar de invitarnos a contemplar a Jesucristo muerto y resucitado por amor de cada uno y del mundo entero, y vivir de manera anticipada a la luz de la gracia de la resurrección y de la salvación divina, que nos guían y nos acompañan desde ahora y para siempre.